

Un molinero de un pueblecito italiano tuvo la audacia de elaborar su propio concepto de la creación, y de exponerlo en pleno siglo XVI. Para él, la tierra se había formado «como el queso en la leche»; y como el queso, engendró gusanos. Esos gusanos fueron los ángeles, y uno de esos ángeles fue Dios: todo estaba hecho «de la misma pasta». Probablemente fue más grave —para él— que esta misma idea la consecuencia que obtuvo sobre la comunión, la confesión, el clero; y su negación de la Santísima Trinidad, la divinidad de Cristo, la virginidad de María... Todo ello puso en marcha el mecanismo terrible de la Inquisición. Fue interrogado, torturado, encarcelado, una y otra vez. Se mantuvo fiel a sus ideas. Y esta fidelidad le llevó, finalmente, a ser ejecutado.

El historiador italiano Carlo Ginzburg ha buscado en viejos archivos toda la causa del molinero y los detalles de su vida y su Interrogatorio. Ginzburg se ha especializado en temas de brujería y herejía: el mismo lo atribuye a su condición de judío y, por lo tanto, especialmente sensible a las persecuciones históricas y actuales por materias de religión, pensamiento o disidencia con la ortodoxia dominante.

Este último libro, «El queso y los gusanos», lo publica ahora la editorial Muchnik (Barcelona) como primer volumen de una colección que dirige Ricardo Muñoz Suay con el título de «Archivos de la herejía» una colección destinada a poner de relieve las ideas y los personajes que fueron condenados, bajo todos los dogmas y en todos los tiempos, por sus «diferencias». La editorial Muchnik nos ha cedido la publicación de los primeros capítulos del libro de Ginzburg.

Una advertencia: las ilustraciones que acompañan al texto no se refieren directamente al caso del molinero del queso y los gusanos. Son grabados sobre la Inquisición, sus torturas y sus ejecuciones; lo que ilustran es un determinado clima de persecución y de terror en el cual vivió, padeció y fue muerto el molinero llamado Menocchio del cual, como dice Ginzburg, «sabemos mucho», aunque no sepamos nada de tantos otros que murieron y vivieron en circunstancias parecidas sin dejar huellas.

EL QUESO Y LOS GUSANOS

CARLO GINZBURG

1 Su nombre era Domenico Scandella, y le llamaban Menocchio. Nació en 1532 (en su primer proceso declaró tener cincuenta y dos años) en Montereale, un pueblecito entre las colinas del Friuli, a 25 kilómetros al norte de Pordenone, desde el que se divisan los Alpes del Véneto. Siempre vivió allí, salvo durante dos años de destierro (1564-65), por motivo de una riña, en los que residió en otro pueblo cercano —Arba— y en una localidad de la comarca de Carniola que no conocemos. Estaba casado y era padre de siete hijos; otros cuatro murieron. Al canónigo Giambattista Maro, vicario general del inquisidor de Aquileia y Concordia, declaró que sus actividades eran de «molendero, carpintero, serrar, hacer muros y otras cosas». Pero fundamentalmente trabajaba como molinero y vestía las prendas tradicionales del oficio: bata, capa y gorro de lana blanca. Así compareció en el proceso, vestido de blanco.

Dos años más tarde diría a sus inquisidores que era «pobrísimos»: «sólo tengo dos molinos en alquiler y dos campos como aparcerero, con ello he sustentado y sustento a mi pobre familia». Pero desde luego exageraba. Aunque buena parte de las cosechas sirvieran para pagar y tuviera que satisfacer el impuesto del canon sobre los terrenos y el alquiler de los dos molinos (probablemente en especies), debía quedarle suficiente para vivir y hasta salir de apuros las malas temporadas. Sabemos que, cuando estuvo desterrado en Arba, alquiló en seguida otro molino. Su hija Giovanna, al casarse (ya hacía casi un mes que Menocchio había muerto), aportó una dote equivalente a 256 liras y 9 sueldos. No era gran cosa, pero tampoco una miseria en comparación con lo habitual en la región por aquellos tiempos.

A grandes rasgos, no parece que la situación de Menocchio, en el microcosmos social de Montereale, fuese de las peores. En 1581 había sido alcalde de su municipio y de las «villas» circundantes (Gaio, Grizzo, San Leonardo, San Martino), así como, en fecha no precisada «camarero», es decir, administrador de la parroquia de Montereale. No sabemos si allí, como en otras localidades de Friuli, el antiguo sistema de cargos rotativos había sido reemplazado por el sistema electivo. Si así era, el hecho de saber «leer, escribir y cuentas» debió jugar en favor de Menocchio. Desde luego los camareros solían elegirse entre personas que habían ido a una escuela pública elemental, en donde aprendían incluso algo de latín. Existían escuelas de este tipo en Aviano y Pordenone; sin duda Menocchio asistió a una de ellas.

El 28 de septiembre de 1583 Menocchio fue denunciado al Santo Oficio. La acusación era haber pronunciado palabras «heréticas e impías» sobre Cristo. No se trataba de una blasfemia ocasional: Menocchio había intentado expresamente difundir sus opiniones, argumentándolas («praedicare et dogmatizare non erubescit») Con ello su situación era grave.

Estos intentos de proselitismo quedaron claramente confirmados en la encuesta informativa que un mes más tarde se iniciaría en Portogruaro, y proseguiría en Concordia y en el propio Montereale. «Siempre está llevando la contra en cosas de la fe, por discutir y también con el párroco», declaró Francesco Fassetta al vicario general. Otro testigo, Domenico Melchiori, manifestó: «Suele discutir con unos y con otros, y como quería discutir conmigo yo le dije: 'Yo soy zapatero y tú molinero, y tú no eres docto, ¿a qué disputar sobre esto?'. Las cosas de

la fe son graves y difíciles, lejos del alcance de molineros y zapateros: para discutir es necesaria la doctrina, y los depositarios de ella son antes que nada los clérigos. Pero Menocchio afirmaba no creer que el Espíritu Santo gobernase la Iglesia, y añadía: «Los preladados nos tienen dominados y que no nos resistamos, pero ellos se lo pasan bien», en cuanto a él: «Conocía mejor a Dios que ellos.» Y cuando el párroco del pueblo le condujo a Concordia, ante el vicario general, para que aclarara sus ideas, le reconvinó diciéndole «estos caprichos tuyos son herejías», Menocchio le prometió no enzarzarse más en discusiones, pero volvió en seguida a las andadas. En la plaza, en la hostería, en el camino de Grizzo o de Daviano, de regreso de la montaña: «suele con todo el que habla —dice Giuliano Stefanut— salir con razonamientos sobre las cosas de Dios, y siempre meter algo de herejía: así porfía y grita para mantener su opinión.»

2 No es fácil captar, por las actas del sumario, cuál fue la reacción de los paisanos de Menocchio a sus palabras; está claro que ninguno estaba dispuesto a admitir el haber escuchado aprobatoriamente los argumentos de un sospechoso de herejía. Por el contrario, alguno se apresuró a manifestar al vicario general que instruíra el caso su propia reacción de enojo. «¡Quita, Menocchio, por gracia, por amor de Dios, no digas esas cosas!», había exclamado Domenico Melchiori al oírle. Y Giuliano Stefanut: «Yo le he dicho muchas veces, y sobre todo cuando íbamos hacia Grizzo, que le aprecio, pero no puedo soportar lo que dice sobre cosas de la fe, porque siempre me pelearé con él, y si cien veces me matare y yo resucitara, siempre me haría matar por la fe.» El sacerdote Andrea Bionima le lanzó incluso una amenaza velada: «Calla, Domenego, no digas esas cosas, porque algún día podrías arrepentirte». Otro testigo, Giovanni Povoledo, dirigiéndose al vicario general, hizo una definición, aunque peque de genérica: «Tiene mala fama, es decir, opiniones equivocadas sobre la rama del Lutero.» Pero este coro de voces no debe inducirnos a engaño. Casi todos los interrogados declararon conocer de mucho tiempo a Menocchio: alguno hacía treinta o cuarenta años, otros veinticinco, otros veinte. Uno de ellos, Daniele Fasseta, dijo que le conocía «desde que era un chuponcillo porque somos de la misma parroquia». Parece que algunas de las afirmaciones de Menocchio databan no sólo de algunos días atrás, sino de «muchos años», hasta de treinta años antes. En todo ese tiempo nadie del pueblo le había denunciado. Y sin embargo, todos conocían sus discursos; la gente los repetía —quizás con curiosidad, quizás moviendo la cabeza. En los testimonios recogidos por el vicario general no se advierte una clara hostilidad hacia Menocchio, a lo sumo desaprobación. Ciertamente algunos de ellos son parientes, como Francesco o Bartolomeo di Andrea, primo de la mujer, que lo define como «hombre de bien». Pero, por otra parte, el propio Giuliano Stefanut que había plantado cara a Menocchio, diciéndose dispuesto a dejarse «matar por la fe», añade: «Yo le aprecio.» Nuestro molinero, alcalde del pueblo y administrador de la parroquia, no vivía precisamente al margen de la comunidad de Montereale, muchos años más tarde, durante el segundo proceso, un testigo declaró: «Yo siempre le veo con gente y creo que es amigo de todos.» A pesar de todo, en un momento determinado, fue víctima de una denuncia que puso en marcha el sumario.

Como veremos, los hijos de Menocchio en seguida atribuyeron la delación anónima al párroco de Montereale don Odorico Vorai. No se equivocaban. Entre él y Menocchio existían rencillas: hacía cuatro años que el molinero se confesaba fuera del pueblo. Ciertamente que el

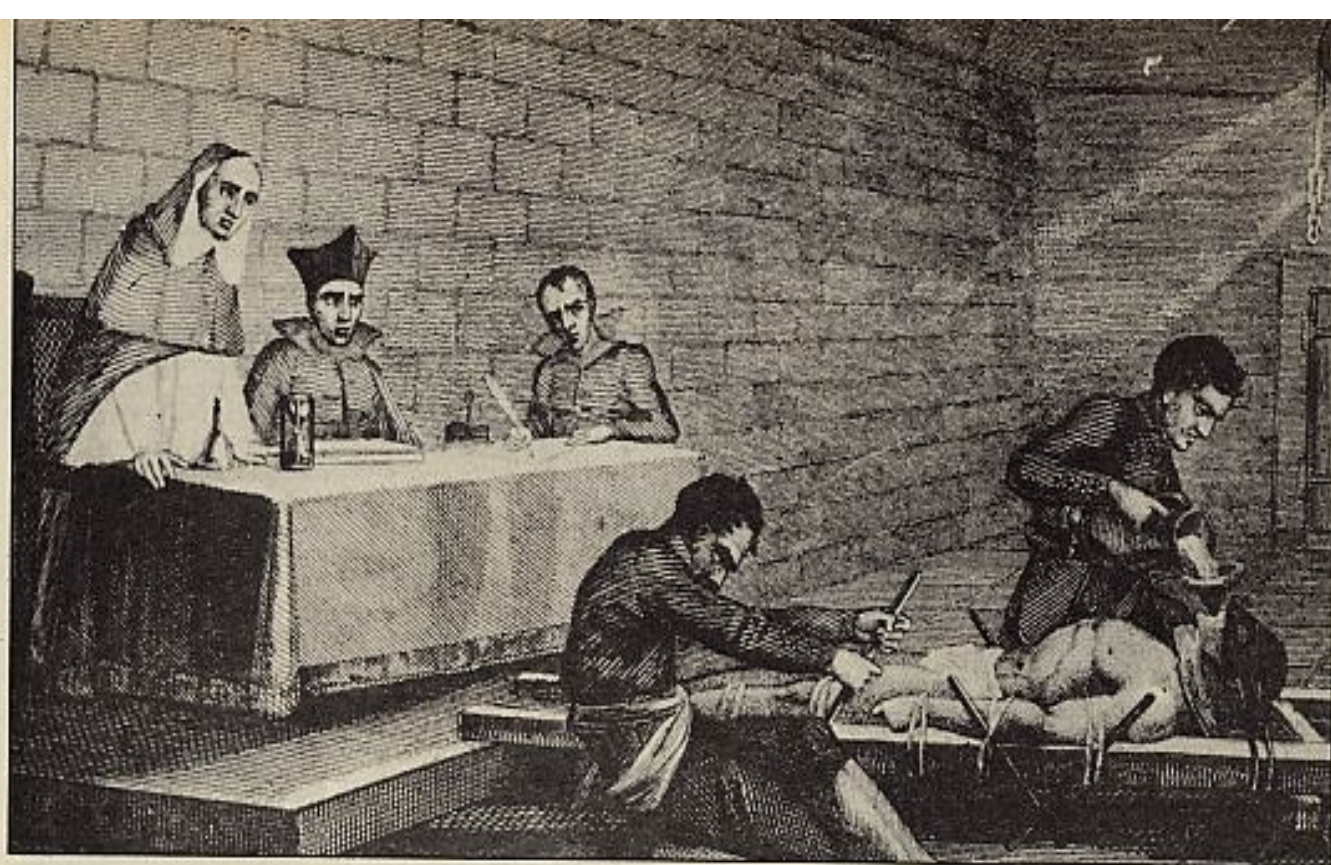
testimonio de Vorai con el que se cierran las indagaciones del proceso es curiosamente elusivo: «No puedo recordar exactamente qué cosas decía, por tener poca memoria, y por mis ocupaciones en otros asuntos.» En principio, ninguno mejor que él para facilitar al Santo Oficio información sobre el asunto, pero el vicario general no insistió, no había necesidad: había sido el propio Vorai; instigado por otro cura —don Ottavio Montereale, miembro de la familia señorial del pueblo— quien transmitió la denuncia detallada sobre la que se basaron los interrogatorios del vicario general a los testigos.

Es fácil explicar tal hostilidad del clero local. Como hemos visto, Menocchio no reconocía a las jerarquías eclesiásticas ninguna autoridad especial en cuestiones de fe. «¡Los papas, los preladados, los curas!», decía con desprecio que no creía en ellos», alegó Domenico Melchiori. A fuerza de discutir y polemizar por calles y hosterías, Menocchio debía haber casi llegado a impugnar la autoridad del párroco. Pero, ¿qué es lo que decía Menocchio?

Para empezar, no sólo blasfemaba «desmesuradamente», sino que sostenía que blasfemar no es pecado (según otro testigo, no era pecado blasfemar de los santos, pero sí de Dios) y añadía sarcástico: «Cada uno hace su oficio, unos aran, otros vendimian y yo hago el oficio de blasfemar». Además hacía extrañas afirmaciones, que sus paisanos refieren más o menos fragmentariamente y de forma inconexa al vicario general. Por ejemplo: «El aire es Dios... la tierra es nuestra madre»; ¿quién os imagináis que es Dios? Dios no es más que un hálito, y todo lo que el hombre pueda imaginarse»; «todo lo que se ve es Dios y nosotros somos dioses»; «el cielo, tierra, mar, aire, abismo e infierno, todo es Dios»; «qué creéis, ¿que Jesucristo nació de la virgen María?; no es posible que le haya parido y siguiera siendo virgen: puede que haya sido algún hombre de bien o el hijo de algún hombre de bien». Hasta se decía que escondía libros prohibidos, especialmente la *Biblia* en lengua vulgar. «Siempre discute sobre esto y aquello, tiene la *Biblia* vulgar y en ella se fundamenta obstinándose en sus razonamientos».

Mientras se iban recogiendo los testimonios, Menocchio empezó a sospechar que se estaba preparando algo contra él. Por ello fue a visitar al vicario de Polcenigo, Giovanni Daniele Melchiori, amigo de la infancia, quien le exhortó a presentarse voluntariamente al Santo Oficio, por lo menos a obedecer sin dilación cualquier citación que se produjera y le amonestó así: «Contéstales a todo lo que te pregunten y no intentes hablar de más ni trates de hablar de estas cosas; responde únicamente a lo que te pregunten.» También Alessandro Policreto, un antiguo abogado de Menocchio, a quien se encontró casualmente en casa de un amigo suyo mercader de leña, le aconsejó presentarse a los jueces reconociéndose culpable, pero declarando al mismo tiempo no haber nunca creído sus propias afirmaciones heterodoxas. Por ello Menocchio fue de inmediato a Maniago, obedeciendo la citación del tribunal eclesiástico. Pero al día siguiente, 4 de febrero, visto el curso que tomó la instrucción sumarial el inquisidor en persona, el franciscano fray Felice da Montefalco, le hizo arrestar y «llevar esposado» a la cárcel del Santo Oficio de Concordia. El 7 de febrero de 1584 Menocchio sufrió su primer interrogatorio.

3 A pesar de los consejos que le habían dado, muy pronto se mostró extremadamente locuaz. Intentó presentar su postura bajo un ángulo aún más favorable que el que arrojan los testimonios. Por ejemplo, aun admitiendo haber tenido, dos o tres años antes, dudas sobre la virginidad de María y haber hablado con varias personas, entre ellas un sacerdote de Barcis,



puntualizó: «Es cierto que yo he dicho estas palabras ante varias personas, pero no las exhortaba a que las creyeran, y al contrario, he exhortado a muchos diciéndoles: '¿Queréis que os enseñe el camino verdadero? Tratad de hacer el bien y seguir el camino de mis antecesores, y lo que manda la Santa Madre Iglesia'. Pero las palabras que yo antes pronunciara, las decía por tentación, y porque así las creía y quería enseñar a otros; ha sido el espíritu maligno el que me hacía creer aquellas cosas y asimismo me incitaba a decírlas a otros». Con esta declaración, Menocchio confirmaba sin más, inconscientemente, la sospecha de que se había atribuido en el pueblo el papel de maestro en doctrina y en comportamiento («¿Queréis que os enseñe el camino verdadero?»). En cuanto al contenido heterodoxo de este tipo de prédica no había dudas, y sobre todo ante la exposición que haría Menocchio de su singularísima cosmogonía, de la que el Santo Oficio había llegado hasta entonces un eco confuso: «Yo he dicho que por lo que pienso y creo, todo era un caos, es decir, tierra, aire, agua y fuego juntos; y aquel volumen poco a poco formó una masa, como se hace el queso con la leche y en él se forman gusanos, y éstos fueron los ángeles; y la santísima majestad quiso que aquello fuese Dios y los ángeles; y entre aquel número de ángeles también estaba Dios creado también él de aquella masa y al mismo tiempo, y fue hecho señor con cuatro capitanes, Luzbel, Miguel, Gabriel y Rafael. Aquel Luzbel quiso hacerse señor comparándose al rey, que era la majestad de Dios, y por su soberbia Dios mandó que fuera echado del cielo con todos sus órdenes y compañía; y así Dios hizo después a Adán y Eva, y al pueblo, en gran multitud, para llenar los sitios de los ángeles echados. Y como dicha multitud no cumplía los mandamientos de Dios, mandó a su hijo, al cual prendieron los judíos y fue crucificado». Y añadió: «Yo no he dicho nunca que le mataran como a una bestia» (era una de las acusaciones contra él: más tarde admitiría que sí, que podía haber dicho algo así). «Yo he dicho claramente que se dejó crucificar, y aquel que fue crucificado era uno de los hijos de Dios, porque todos somos hijos de Dios y de la misma naturaleza que el crucificado; y era hombre como nosotros, pero de mayor dignidad, como si dijéramos hoy el papa, que es hombre como nosotros, pero con más

dignidad que nosotros porque tiene poder; y el que fue crucificado nació de san José y la virgen María.»

4 Durante la fase de instrucción del proceso, dadas las extrañas manifestaciones referidas por los testigos, el vicario general preguntó al principio si Menocchio hablaba «en serio o en son de burla», más adelante si estaba mentalmente sano. En ambos casos la respuesta no dejó lugar a dudas: Menocchio hablaba «en serio», y estaba «en su juicio, no... loco». Pero una vez iniciados los interrogatorios, uno de los hijos de Menocchio, Ziannuto, por sugerencia de algunos amigos de su padre (Sebastiano Sebenico, y otro al que sólo se ha identificado por Lunardo) comenzó a difundir el rumor de que estaba «loco» o «poseso». Pero el vicario no lo creyó y el proceso siguió su curso. Por un momento se pensó en liquidar las opiniones de Menocchio, especialmente su cosmogonía, calificándolas de amasijo de extravagancias impías pero inocuas (el queso, la leche, los gusanos-ángeles, Dios-ángel creado del caos), pero se descartó esta alternativa. Ciento o cincuenta años más tarde, probablemente Menocchio habría sido recluido en un hospital para locos, por afección de «delito religioso», pero en plena Contrarreforma las modalidades represivas eran distintas, y antes que nada pasaban por la individualización y, en consecuencia, la represión de la herejía.

5 De momento dejemos aparte la cosmogonía de Menocchio y sigamos el desarrollo del proceso. Inmediatamente después del encarcelamiento de Menocchio, uno de sus hijos Ziannuto, intentó prestarle ayuda de diverso modo: buscó a un abogado de Portogruaro, un tal Trappola; fue a Serravalle para hablar con el inquisidor y había conseguido del ayuntamiento de Montereale una declaración en favor del preso, que había enviado al abogado insinuándole la posibilidad, en caso necesario, de conseguir otros certificados de buena conducta: «Y si se necesitara fe del ayuntamiento de Montereale de que dicho preso ha confesado y comulgado cada año, la extendería el párroco; si se

necesitara fe de dicho ayuntamiento de haber sido alcalde y rector de cinco villas, se la harán; y de haber sido camarero de la parroquia de Montereale y hecho su oficio de hombre de bien, le será hecha; y de haber sido 'recibidor' de la iglesia parroquial de Montereale, le será hecha...». Además, junto con sus hermanos, había inducido con amenazas a aquel que a sus ojos era el principal responsable de toda la situación —es decir, el párroco de Montereale— a que les escribiera (Ziannuto era analfabeto) una carta para Menocchio, preso en las cárceles del Santo Oficio. En ella se le sugería que prometiera «obediencia absoluta a la santa Iglesia, diciendo que no creáis ni jamás creeréis más que lo que manda Dios nuestro Señor y la Iglesia santa, y que pretendáis vivir y morir en la fe cristiana según lo que ordena la santa Iglesia romana católica y apostólica, que antes bien (si llegara el caso) perderíais la vida, y mil vidas que hubieréis por amor de Dios nuestro Señor y de la santa fe cristiana, así como que reconocéis tener la vida y todo bien de N.S.M. la Iglesia...». Al parecer Menocchio no reconoció tras estas líneas la mano de su enemigo, el párroco y las atribuyó a Domenego Femenussa, un mercader de lana y madera manufacturada que venía a su molino y a veces le prestaba dinero. Pero estaba claro que cumplir las sugerencias que le indicaba la carta le resultaba duro. Al final del primer interrogatorio general (7 de febrero) exclamó con obvia reluctancia, volviéndose hacia el vicario general: «Señor, esto que he dicho es por inspiración de Dios o del demonio, yo no confirmo que sea ni verdad ni mentira, pero pido misericordia y haré lo que me sea indicado». Pedía perdón pero no renegaba de nada. Durante cuatro largos interrogatorios (7, 16, 22 de febrero, 8 de marzo) se enfrentaría a las objeciones del vicario, negando apostillando, rebatiendo. «Consta en el proceso —pregunta por ejemplo Maro— que habéis dicho no creer en el papa ni en las reglas de la Iglesia y que cualquiera tiene tanta autoridad como el papa?». Respuesta de Menocchio: «Yo ruego a Dios omnipotente que me haga morir ahora mismo si yo creo haber dicho eso que V. S. me pregunta». Pero ¿era cierto que había dicho que las misas por los muertos eran inútiles? (según Giuliano Stefanut, las palabras que pronunció Menocchio, un día que volvían de misa, fueron exactamente éstas: «¿Por qué hacéis limosna en memoria de un montón de ceniza?»). Explicación de Menocchio: «Yo he dicho que hay que estar prestos a hacer el bien mientras uno está en este mundo, porque después Dios-Señor es quien gobierna las almas; porque las oraciones y limosnas y misas que se hacen por los muertos se hacen creo yo, por amor de Dios, quien luego hace lo que quiere, porque las almas no reciben esas oraciones y limosnas, y depende de la majestad de Dios el recibir esas buenas obras en beneficio de los vivos o de los muertos». Pretendía ser una hábil precisión, pero en realidad contradecía la doctrina de la Iglesia sobre el purgatorio. «No intentes hablar de más», le había aconsejado el vicario de Polcenigo, que por algo era amigo suyo de la infancia y le conocía bien. Pero era evidente que a Menocchio le era difícil contenerse.

De repente, en los últimos días de abril, se produce algo nuevo. Las autoridades de Venecia invitaron al inquisidor de Aquileia y Concordia, fray Felice de Montefalco, a que se atuviera a la costumbre vigente en los territorios de la República, que imponía en las causas del Santo Oficio, la presencia de un magistrado seglar junto a los jueces eclesiásticos. Este choque entre ambos poderes era tradicional. No sabemos si en este caso se debió también a una gestión del abogado Trappola en favor de su cliente. El hecho es que Menocchio fue conducido a Portogruaro, al palacio municipal para que confirmase en presencia del alcalde los interrogatorios que se habían celebrado. Cumplido este requisito se reanudó el proceso.

En el pasado, en diversas ocasiones, Menocchio había dicho a sus paisanos que aceptaba, y hasta deseaba declarar sus propias «opiniones» sobre la fe a las autoridades religiosas y seculares. «Me ha dicho —declaró Francesco Fassetta— que si alguna vez terminaba por esto en manos de la justicia, él iría por las buenas, pero si se le hace menoscabo, diría bastante sobre los superiores y sus malas obras.» Daniele Fassetta testimonio: «El citado Domenego ha dicho que si él no temiese por su vida, hablaría hasta sorprendernos, y yo creo que se refería a la fe». En presencia del alcalde de Portogruaro y del inquisidor de Aquileia y Concordia, Menocchio confirmó estos testimonios: «Es cierto que he dicho que si no tuviese miedo de la justicia hablaría hasta causar estupor; y he dicho que si tuviera la gracia de poder presentarme ante el papa, un rey o un príncipe que me escuchase, diría muchas cosas; y si me hubiese hecho morir no me hubiera importado.» Entonces le exhortaron a que hablase y Menocchio prescindió de reticencias. Era el 28 de abril.

6 Empezó denunciando la opresión que ejercían los ricos sobre los pobres mediante el uso, en los tribunales, de una lengua incomprensible como el latín: «Yo soy de la opinión que hablar latín es un desacato a los pobres, ya que en los litigios los hombres pobres no entienden lo que se dice y se hallan aplastados, y si quieren decir dos palabras tienen que tener un abogado». No era más que un pequeño ejemplo de la presión general, de la que la Iglesia se hacía cómplice y partícipe: «Y me parece que en nuestra ley, el papa, los cardenales, los obispos, son tan grandes y ricos que todo es de la Iglesia y los curas, y oprimen a los pobres, los cuales si tienen dos campos alquilados son de la Iglesia, de tal obispo, de tal cardenal». Recuértese que Menocchio tenía dos campos como aparcerero, de los que ignoramos el propietario; en cuando a sus conocimientos de latín se limitaban, a lo que parece, al *credo* y al *pater noster* aprendidos cuando ayudaba a misa. Su hijo Ziannuto se apresuró por encontrarle un abogado en cuanto el Santo Oficio le encarceló. Pero estas coincidencias o posibles coincidencias, no deben engañarnos: el discurso de Menocchio, a pesar de que adquiera mayor relieve por su caso personal, desembocaba en un ámbito de mayor envergadura, y al exigir de una Iglesia que abandonase sus privilegios, que se hiciera pobre con los pobres, se vinculaba, siguiendo el ejemplo evangélico, a la formulación de una religión distinta, sin insistencia dogmática, reducida a un núcleo de preceptos, prácticos: «Quisiera que se creyese en la majestad de Dios, y en ser hombre de bien, y hacer como dice Jesucristo, que respondió a los judíos que le preguntaban qué leyes debían tener, y él les respondió 'Amar a Dios y al prójimo'». Esta religión simplificada no admitía para Menocchio limitaciones confesionales. Pero la apasionada exaltación de la equivalencia de todas las religiones, sobre la base de una iluminación concedida en igual medida a cualquier hombre —«La majestad de Dios ha infundido a todos el Espíritu Santo: a cristianos, herejes, a turcos, a judíos, y a todos ama, y todos se salvan de igual modo»— acabó con una explosión violenta contra los jueces y su soberbia doctrinal: «Y vosotros sacerdotes y frailes, aún queréis saber vosotros más de Dios y sois como el demonio y queréis hacer de dioses en la tierra y saber igual que Dios, como el demonio y quien piensa que más sabe, menos sabe». Prescindiendo ya de toda discreción y prudencia, Menocchio declaró que rechazaba todos los sacramentos, incluido el bautismo, por ser invenciones de los hombres, «mercancías», instrumentos de explotación y de opresión por parte del clero: «creo que la ley y los mandamientos de la Iglesia son mercancías y viven de esto». Del bautismo comentó:

«Creo que en cuanto nacemos estamos bautizados porque Dios, que ha bendecido todas las cosas, nos bautiza; y el bautismo es una invención, y los sacerdotes empiezan a comerse las almas antes de que nazcan y las comen continuamente hasta después de la muerte». Dijo de la confirmación: «creo que es una mercancía, invención de los hombres, los cuales tienen todos el Espíritu Santo, y buscan saber y no saben nada». Del matrimonio: «no lo ha hecho Dios, lo han hecho los hombres: antes el hombre y

¿cómo puede ser que esto sea Dios-Señor? y ¿qué es este Dios-Señor más que tierra, agua y aire?» Pero al vicario general le dio esta explicación: «yo le he dicho que aquella hostia es un trozo de pasta pero el Espíritu Santo viene del cielo a ella, y esto lo creo ciertamente». El vicario, incrédulo, preguntó «¿qué creéis que es el Espíritu Santo, y Menocchio?». «Creo que es Dios». Pero ¿sabía cuántas eran las personas de la Trinidad? «Sí, Señor, está el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.» «¿En cuál de estas tres personas

creéis que se convierte la hostia?» «En el Espíritu Santo.» «¿Qué persona precisa de la Santísima Trinidad creéis que está en la hostia?» «Creo que es el Espíritu Santo.» El vicario no daba crédito a semejante ignorancia: «Cuando vuestro párroco hacía sermones sobre el santísimo sacramento, ¿qué ha dicho que era esa santísima hostia?». Pero no era ignorancia: «ha dicho que es el cuerpo de Cristo, pero yo seguía creyendo que es el Espíritu Santo, y es porque creo que el Espíritu Santo es mayor que Cristo que era hombre, y el Espíritu Santo viene de la mano de Dios.» «Lo ha dicho... pero yo seguía creyendo.» En cuanto se presentaba la ocasión, Menocchio reafirmaba casi con insolencia la propia independencia de juicio, el propio derecho a asumir una actitud autónoma; añadió para el inquisidor: «Me gusta el sacramento, pues cuando uno se confiesa, comulga y toma el Espíritu Santo, y el espíritu se alegra...; en cuanto al sacramento de la eucaristía, es algo para gobernar a los hombres, hecho

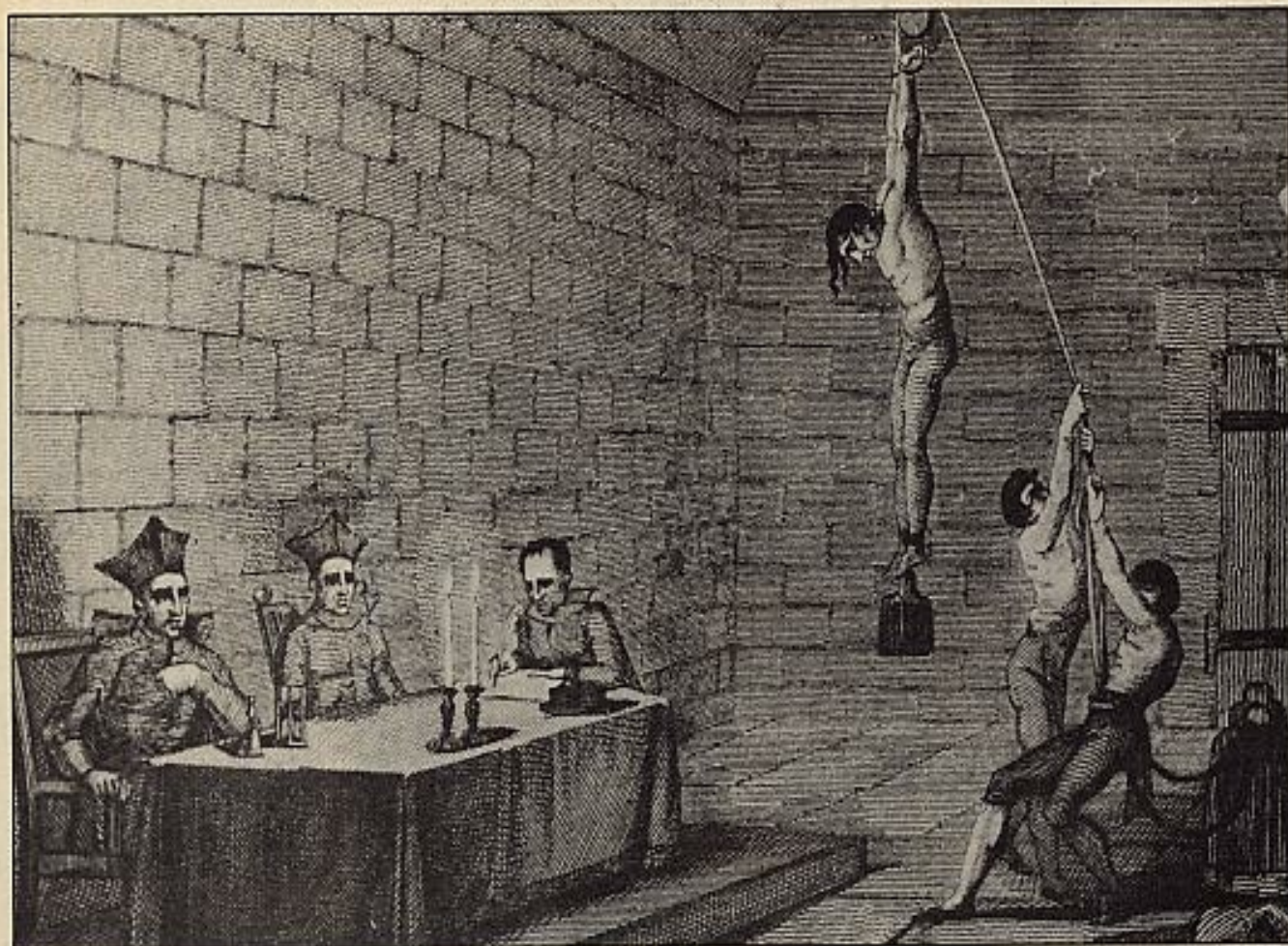


la mujer se daban fe y eso bastaba, y luego han llegado esas invenciones de los hombres». De la ordenación: «creo que el espíritu de Dios está en todos... y creo que cualquiera que haya estudiado puede ser sacerdote, sin ser consagrado, porque todo son mercancías». De la extremaunción: «creo que no es nada y no vale nada, porque se unge el cuerpo pero el espíritu no puede unirse». De la confesión llegó a decir: «ir a confesarse a los curas y frailes es como ponerse delante de un árbol». Como el inquisidor le reprochaba estas palabras, Menocchio explicó con cierto aire de suficiencia que: «si ese árbol supiese hacer saber la penitencia, ya bastaría; y si algunos hombres van a los sacerdotes es por ignorar la penitencia que hay que hacer por los pecados hasta que se la enseñan, que si la supieran no necesitaría ir, y aquellos que la conocen no necesitan ir». Estos últimos deben confesarse «a la majestad de Dios dentro de su corazón, rogando que les perdone sus pecados».

Sólo el sacramento de la eucaristía escapaba a las críticas de Menocchio, aunque interpretado de manera heterodoxa. Es cierto que las frases citadas por los testigos sonaban a blasfemias o negociaciones despreciativas. En una visita que hizo el vicario de Polcenigo al molino un día en que se hacían las hostias, Menocchio había dicho: «¡Por la Virgen María, qué grandes son estos bichos!» Y, en otra ocasión en que discutía con el sacerdote Andrea Bionima: «yo no veo en ello más que un trozo de masa,

por los hombres a través del Espíritu Santo; y decir misa es cosa del Espíritu Santo, igual que adorar la hostia, para que los hombres no sean como los bichos». Por lo tanto misa y eucaristía se justificaban desde un punto de vista casi político, como medios de civilización —aunque ello tuviera lugar en una frase en la que resonaba involuntariamente, con signo cambiado, lo que dijo al vicario de Polcenigo («hostias... bichos»).

Pero, ¿en qué se basaba esta crítica radical de los sacramentos? Desde luego no en la sagrada escritura. Menocchio sometía la propia Escritura a un examen sin prejuicios, reduciéndola a «cuatro palabras» que constituían su núcleo principal: «creo que la sagrada Escritura ha sido dada por Dios, pero luego ha sido aumentada por los hombres; bastarían cuatro palabras de esta sagrada Escritura, pero es como los libros de caballería que han crecido». También los evangelios, con sus discrepancias, se alejaban, según Menocchio, de la brevedad y simplicidad de la palabra de Dios: «En cuanto a las cosas del Evangelio, creo que parte son verdad y parte son cosa de los propios evangelistas, como se ve por los pasajes que uno explica de una manera y otro de otra.» Es comprensible, pues, que Menocchio hubiera podido decir a sus paisanos (y confirmarlo durante el proceso) que «la sagrada Escritura ha sido recuperada para engañar a los hombres». Refutación de la doctrina, refutación de los propios libros sagrados, insistencia exclusiva sobre el



aspecto práctico de la religión: «me dijo también que él (Menocchio) sólo creía en las buenas obras», manifestó Francesco Fassetta. Y en otra ocasión el propio acusado, volviéndose hacia Francesco, exclamó: «Yo sólo quiero hacer el bien». En este sentido la santidad le parecía un modelo de vida, de comportamiento práctico y nada más: «yo creo que los santos han sido hombres de bien y han hecho buenas obras, y por ello Dios nuestro Señor les ha hecho santos y creo que ruegan por nosotros». No era necesario venerar las reliquias ni las imágenes: «en cuanto a sus reliquias, como un brazo, cuerpo, cabeza, mano o pierna, creo que son como las nuestras cuando morimos, y no deben adorarse ni reverenciarse... no se deben adorar sus imágenes, sino sólo a Dios que ha hecho el cielo y la tierra; ¿no veis -exclamó volviéndose a sus jueces- que Abraham derribó todos los ídolos e imágenes para adorar sólo a Dios?». También Cristo había dado a los hombres, con su pasión, un modelo de comportamiento: «nos ha ayudado... a nosotros cristianos, ya que ha sido como espejo, y así como él ha padecido con paciencia por amor nuestro, nosotros muramos y padecemos por amor suyo, y no nos asombremos de morir ya que Dios ha querido que muriera su hijo.» Pero Cristo no era más que un hombre, y todos los hombres son hijos de Dios, «de aquella misma naturaleza del que fue crucificado». En consecuencia, Menocchio rechazaba la creencia de que Cristo hubiera muerto para redimir a la humanidad: «si uno ha pecado tiene que hacer penitencia».

La mayoría de estas afirmaciones las hizo Menocchio durante un único y larguísimo interrogatorio: «Habría cosas que sorprenderían», había prometido a sus paisanos; y así fue: el inquisidor, el vicario general, el alcalde

de Portogruaro, debieron quedarse boquiabiertos ante un molinero que con tanta seguridad y agresividad exponía sus propias ideas. Menocchio estaba plenamente convencido de su originalidad: «Yo nunca he andado con herejes -dijo en respuesta a una pregunta concreta de los jueces- pero mi cerebro es sutil y me ha gustado aprender las cosas elevadas que yo ignoraba, y lo que he dicho no creo que sea verdad, más quiero ser obediente a la Santa Iglesia. Y he tenido inclinaciones a hacer el mal, pero el Espíritu Santo me ha iluminado y ruego la misericordia de Dios magno, del Señor Jesucristo y del Espíritu Santo que me haga morir si no digo la verdad». Finalmente había decidido seguir el camino que le había aconsejado su hijo, pero antes había querido hacer oír lo que prometía hacía tanto tiempo, «diría mucho contra los superiores y sus malas obras». Ciertamente no ignoraba a lo que se exponía. Antes de volver a la cárcel, imploró piedad de los inquisidores: «Señores, yo os ruego por la pasión de Jesucristo nuestro Señor que me liberéis y si merezco la muerte, dádmela, pero si merezco misericordia se me otorgue, porque quiero vivir como un buen cristiano». Pero el proceso no había concluido ni mucho menos. Algunos días más tarde (1 de mayo) se reanudaron los interrogatorios. El alcalde había tenido que ausentarse de Portogruaro, pero los jueces estaban impacientes por volver a oír a Menocchio. «En la vista antedicha -dice el inquisidor- hemos visto que en el proceso parece estar vuestro ánimo lleno de estos humores y de malas doctrinas, pero el santo tribunal desea que acabéis de esclarecer vuestro ánimo». Respuesta de Menocchio: «Mi ánimo era altanero, y deseaba que hubiese un mundo nuevo y otro modo de vivir, pues la Iglesia no andaba bien, y que se hiciera algo para que no hubiese tantas pompas». ■ C. G.